

pueblo, de donde frecuentemente habían extraído materiales arqueológicos, especialmente con motivo de faenas agrícolas.

D. Pascual Serrano, maestro de escuela de Bonete, de finales del siglo pasado, es el primero que da noticias de este yacimiento (según nos narra Pierre Paris en su libro *“Essai sur l’art et l’industrie de l’Espagne primitive”*, París, 1.904). Este arqueólogo francés obtuvo de dicho maestro los datos que le movieron a efectuar dos campañas de excavación, animado a ello, sin duda, ante la vista de los objetos que el citado maestro había reunido, a modo de pequeño museo en su casa, mediante aportaciones especialmente realizadas por labradores que hacían labores agrícolas en la base del cerro, donde, según el citado autor, estaba la necrópolis.

En las fechas en las que el Sr. Paris efectuó las dos campañas de excavación en el poblado (Abril de 1.898 y en el mismo mes de 1.899), el cerro debía tener el mismo aspecto que el que actualmente ofrece, según se deduce de su descripción. Afirma que, cuando lo vió por primera vez, existían una serie de terrazas horizontales que le parecían hechas artificialmente. Habla de muros fabricados con piedras trabajadas en seco, no existiendo trazas de fortificaciones o trabajos arquitectónicos defensivos. Por último, anota las ingentes cantidades de cerámica que aparecían sobre toda la superficie del yacimiento.

La documentación escrita que Pierre Paris nos ha legado es un documento de gran valor bibliográfico. Todas estas descripciones y las restantes que hacen referencia a objetos arqueológicos, especialmente cerámicos, son tales como he podido constatar por mí mismo; pero hay tres aspectos importantes con los que discrepo del referido autor:

El primero es su afirmación de la existencia en superficie de cerámica romana. Pues bien, tanto en el proceso de excavación como en las frecuentes prospecciones superficiales de la zona, no hemos encontrado ni un solo fragmento de ese tipo de cerámica. Me temo que lo que le dió motivo para hacer esta afirmación fué posiblemente la presencia de algún fragmento de cerámica de barniz rojo de importación púnica, que pudo considerarlo como “terra sigillata”. Esta es la única explicación, pues, como digo, si hasta la fecha no se ha encontrado, ni en superficie ni durante las excavaciones, ningún fragmento de cerámica romana entre decenas de miles de extraídos, creo que se puede afirmar categóricamente la ausencia total de ella.

El segundo aspecto que conviene aclarar es en relación al término denominado “estilo Meca-Amarejo”, actualmente en desuso, y que tras la publicación del citado libro se llegó a utilizar para definir un tipo de decoración a base de estilizaciones vegetales. En mi opinión, esta denominación viene demasiado grande para definir un estilo decorativo prácticamente inexistente